

cobijas y hacerse de unas dos vacas, le caería tan bien a María, tan enferma todo lo más del tiempo, su vasito de leche al pie de la vaca, en ayunas. Pero ¿cuándo va a ser eso? El día del Juicio, tal vez. Por una abertura del techo en donde aparece corrida una teja, le llega de pronto el resplandor lejano de una estrella remota; afuera, en medio de la soledad de la calle cubierta de sombras, sólo se percibe de cuando en cuando el canto de los grillos, que él imagina ser el ruido del manojito de llaves con que a esa hora la mano de la noche se pone a abrir suavemente y de par en par las graves puertas del silencio; y así, se va quedando dormido.

Aficionado a echarse su traguito allá una vez perdida; eso sí, tiene que ser algo fino: un buen cautel, mistela de canela o de yerbabuena, curazao o rompopé. Para el día de San José, si tiene proporción, se compra una media de vino Angélica, hay que alegrarse un poco el día del santo de uno. A él no le mienten rones ni guaros, ni nada que baje quemándole el galillo; acaso es caballo para beber de esos fuegos. A misa no puede ir porque le hace la boca agua el Padre a la hora del consumatus.

Antes de ser portero de la Alcaldía, sirvió dos años una plaza de policía de orden, pero no le quedaron ganas. Le dieron una placa para ponerse en el pecho, con el número 300, quién sabe por qué siendo dos únicamente los que formaban el cuerpo, Chispa y él. Le dieron además una cinta con un rótulo de letras negras para que se la amarrara en el sombrero, un silbato y una guayacana. No se puede ser autoridad y hacerse respetar como se debe, sin que los demás lo cojan a uno de mona. Por venganza sería, alguno lo sacó un Sábado Santo en el testamento del Judas que andaban pasiendo esa noche con música; en el verso parece que habían puesto:

«A Chispa y Mazorca
el polo de la horca»

Como un mes seguido duró la gente con la jodaría. Además, era una batalla lidiar con almadaos y tener que llevarlos a la cárcel; así que se había uno maltratado bastante trayéndolos de rastra o casi alzados unas tres cuerdas, a la bulla iban saliendo las hermanas o las mujeres de los presos a quitárselos a la policía, haciendo un gran escándalo, hasta que se los quitaban y los metían a las casas, y había que aguantarse los insultos porque, al fin señoras; y él siempre ha respetado todo aquello que sea mujer.

A veces le hablan para que vigile en los circos que llegan y para que cuide a la gente que no se cuele; le pagan y le dan la entrada para María; pero es una vaina por las malacrianzas de algunos, hasta un cartucho de orines le reventaron en la cara una noche, en lo oscuro. Algunas veces ha seguido de necio, porque la necesidad tiene cara de caballo.

Tiene vista una mina de oro, por allá entre dos cerros, y los planos; pero ¿cuándo él le va a decir nada a nadie! Si la gente no puede ver bocado en boca ajena. No espera más que ponerla a trabajar, para caitárselas para abajo, a vivir a San José en una casa más decente. Uno con plata, ya es más diferente. La gente no le pregunta al rico de onde cogió la plata, y aunque sea robada:

—¡Adiós, caballero noble!

Y si es un pobre:

—¡Isto, pero jediando!

Que a un rico le dá un patatús; va de preguntar y de preguntar y de hacer todos que lloran, y de llegar Padres a la casa, a encomendarlo a Dios; después, si pela rata, va de responsos y misas. Me muero yo, y ¡miércoles! Y tan gusanera uno como el otro. Bueno, aquí abajo todos nos podremos

engañar entre nosotros mismos, falta que ver allá con Dios; porque por allá el ladrón es ladrón; y el asesino, asesino; y a Dios no se le pierde la cuenta, no vayan a creer.

En una alacena practicada en la pared, a considerable altura y fuera del alcance de las manos de la familia, mantiene alzados objetos muy valiosos: una brújula de agrimensur, notable aparato mágico cuyos movimientos nadie se explica, por más que se la examine en todos sentidos; los que la ven calculan que debe ser robada, porque si no, de dónde iba a cogerla ese hombre; un pequeño tomo impreso, de pasta negra, nada menos que los *Aforismos* de Hipócrates, un sabio que curaba las enfermedades con sólo consejos y paciencia, nada de remedios de botica: consejos para quitar la agrura, consejos para los calambres de las personas mayores, para quitar el hipo, para quitar las corridas. Hipócrates era un sabio que vivió en tiempo de Jesucristo, muy antes de que Cristóbal Colón se viniera para América en aquellos dos buques, la Pinta y la Niña, como los llamaba el Alcalde; no cobraba nada por curar a los enfermos, mucho menos si eran pobres y cargados de familia; no era como esos médicos de ahora que primero le preguntan a uno que quién es el que les va a pagar la cuenta, y después dicen a mandar venenos al enfermo. Figura también allí otro tomito de mayores dimensiones que el anterior, de pasta verde oliva bastante sobada a causa del frecuente manoseo, pero todo él completo, ¡una maravilla del libro por la mucha sabiduría que encierran sus páginas!, ¡es el Oráculo!, ¡el libro de los destinos!. Bendito libro este, la maraña que dejó en el cerebro de Mazorca: Napoleón Bonaparte llevaba en el salbeque un librito parecido, el primero que hicieron, y lo consultaba todas las noches antes de acostarse; lo había comprado por allá en Egipto, de donde mismo era Moisés, al que salvó de las aguas en el río Nilo la hija de un rey; diez pesos tuvo que aflojarle Napoleón a la bruja que le vendió el Oráculo.

Si Napoleón no hubiera sido tan cabezón y le hace caso a lo que le decía el librito, de seguro que no lo mandan preso a la isla, ni se muere allí predicado de la cabeza. El Alcalde se soñó en una ocasión cantando misa, vieron, y quería decir alegría, ese mes le aumentaron el sueldo, pero a los

poquitos días, adiós mis flores, le tocaron fajina, por qué sé yo qué cuentos. Cuando María estaba interesante de Juan Félix, preguntaron al libro si iría a ser hembra o macho; la respuesta fue: tendrás un hijo que llegará a mucho poder; y así está el muchacho, más avisao y más tusa; no ha cumplido todavía los siete años y ya está decorando, pero sólo conoce las letras de molde; de nadie se deja y cuando no le gusta alguna cosa, se tira al suelo y pateo, siempre ha de ser lo que él dice; nació en jueves y bajo la influencia del planeta Marte; la gente que nace con esos sinos, es de mucho amor a la gloria, muy valiente y le darán muy buenos puestos en el gobierno. Todo lo contrario pasa con Alejo, el mayor de todos, que fue naciendo un lunes, bajo la influencia del León, por eso debe ser que siempre lo verán metido en la cocina, pegao de las naguas de la mama. Por lo que respecta a él mismo, nació en día miércoles; los que nacen ese día resultan muy amigos de las letras; en lo que sí se la queda debiendo al Oráculo es en lo que dice de que por haber nacido bajo la influencia de Saturno, le tenía que tocar ser ladrón y asesino; él más bien ha sido siempre humanitario, con la gente y con los animales, hasta perros ajenos ha curado.

El Alcalde, como sabía tanto, le enseñó el significado de las flores y el lenguaje del bastón y el del pañuelo; le quiso enseñar el abecedario de las manos, pero qué iba a poder aprenderlo, ya tan viejo, no podía doblar bien los dedos, le ardían, y se le enredaban todas las letras; le tenía ofrecido, además, darle clases de griego, pero nunca se le llegó el día. Para corresponder dignamente al bondadoso y solícito funcionario de justicia que así lo distinguía, creyó de su deber enseñarlo a hablar en malespín, y como era de veras tan inteligente, a los dos días ya lo hablaba a la carrera; lo usaba sobre todo en momentos en que teniendo testigos para examen en la oficina, se le ofrecía algún mandadito a la calle, entonces le decía:

—¡Jicá Peroe, sirre e le mulmaroe y que pa pendan une carvacobe y unic muric y que pa li emunban bidi.

Le quería decir que fuera corriendo a la pulpería a traerle una cerveza y puros, fiaos.

El le respondía inmediatamente:

—Sin puchi fuchi, din Juen Galox.

Y salía de estampía a hacer el mandao. El testigo se quedaba con la boca abierta, viéndolos a los dos con desconfianza, pensando si sería que se trataba de ir a traer algún policía para que se lo llevara.

En algunas otras cosillas también de confianza servía a su jefe: limpiarle los zapatos todos los sábados a la noche, con betún Mason; ajustaba saliva, se la echaba a la caja y va de volarles cepillo, hasta dejarlos como espejos; le barriaba el cuarto y le espulgaba una cobija colorada que tenía; iba a traerle la ropa a la casa de la lavandera; le hacía rueditas de un pedazo de casimir negro para los defensivos de vivo confortante que tenía que usar detrás de las orejas a ver si se le quitaba el tilín-tilín de los oídos que no dejaba tener gusto; ese ruidal le venía, según le habían dicho unos, del aire que no le quería salir, pero otros le aconsejaban que tomara chocolate de ruibarbo y bastante tamarindo, que era cosa del hígado, seguro causante a los muchos tragos; lo acompañaba los domingos a la poza de La Presa, a que se bañara, él se lavaba nada más que los pies, se quedaba cuidándole la ropa en la orilla y viéndolo nadar y consumirse; cuando se tiraba de consumida, lo ponía a que contara, para ver cuánto podía durar debajo del agua: unas veces contaba hasta treinta, otras hasta cuarenta, y hasta cincuenta llegó a durar. De La Presa se venían a la casa de Calixto

Relojes

ALLÍ están los relojes de las catedrales, vigías de un sólo ojo sobre la ciudad. Con sus brazos negros de gestos extraños, que se abren y oprimen la *gran capital*. Anuncian severos, con mazo de hierro que se van los días, y caen las notas desde el campanario, una a una, en el negro manto de la vecindad.

Relojes de las calles, que marcan tranquilos el pasar de todos; desfiles de alegres, de tristes, de lujosos carros, de pobres vehiculos; todo ello inconsciente lo marca el reloj, que está en la avenida.

El entrecejo del reloj del puerto anuncia partidas, adioses de manos convulsas. Arribos que a veces también traen dolor. Ve al océano con su cara blanca y su gesto ese de severidad.

Relojes de mesa, adornos de casa, que van señalando tragedias de vida interior.

...Y los relojes esos que tanto queremos porque fueron ellos de seres amados; se apagó la vida de quien los llevaba, y él sigue marcando en su obligación severa, el tic-tac del tiempo...

Max Jiménez

San José, Costa Rica.